



Poned los ojos en el Crucificado y todo se os hará poco.

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

La condena a muerte de Jesús por los jefes de su pueblo no se improvisa en el último momento, sino que se va fraguando a lo largo de toda su actuación pública. Las opiniones y los comportamientos de Jesús son progresivamente mal comprendidos por las autoridades judías, cada vez más celosas además por la buena acogida que el pueblo prestaba a su persona.

La aproximación a estos momentos de la vida de Jesús la expresa Santa Teresa diciendo que también en las situaciones personales de aflicción, en los momentos de tensión —los que ella llama «*los tiempos de guerras y de trabajos y fatigas*»— se puede mantener simultáneamente la paz interior. Dice que explicar que «*hay trabajos y penas y que el alma se mantiene en paz*» es «*cosa dificultosa*». Por ello —dice— «*quiero poner una comparación o dos*». La comparación que pone está sacada de su concepción general de las moradas. Existen situaciones, las moradas primeras, en las que las aflicciones se dejan sentir mucho, las «*fieras ponzoñosas*» y las «*muchas baraúndas*» «*alborotan y quitan la paz*»; pero en la última morada, cuando el Señor se hace intensamente presente, «*las pasiones están ya vencidas*» y las dificultades no hacen imposible el disfrute de la paz. La Santa también nos recuerda que la cabeza se puede mantener tranquila, aunque en el resto del cuerpo se sientan dolores. La existencia de dificultades no tiene que eliminar la paz interior: Jesucristo consiguió mantener la paz interior, a pesar de que las dificultades fueron progresivamente creciendo hasta conducirlo incluso hasta la muerte. En la vida espiritual de Santa Teresa, la meditación de la Pasión de Jesucristo fue muy abundante, y su vivencia de estos misterios fue muy intensa. Vemos cómo a lo largo de todos sus escritos afloran muchos sentimientos compasivos para el Jesús que padeció tanto por los hombres. Empezó en el encuentro que tuvo con el P. Diego de Cetina, de la Compañía de Jesús, que según nos cuenta ella, trató con él de los problemas que tenía en ese momento, y como remedio, que también nos vale a nosotros, la aconseja, para darle ánimos, y para empujar su alma, que meditase cada día siempre en la Pasión.

«Díjome tuviese cada día oración en un paso de la Pasión, y que me aprovechase de él» (Vida 23,17).

San Francisco de Borja le aconseja esto mismo:

«Vino a este lugar el padre Francisco, después que me hubo oído, díjome que siempre comenzase la oración en un paso de la Pasión, y que si después el Señor me llevase el espíritu, que no lo resistiese, sino que dejase llevarle a Su Majestad» (Vida 24,3).

Los Ejercicios contemplan la Pasión de Jesús de una manera muy dinámica: del huerto a la casa de Anás; de la casa de Anás a la de Caifás; de la de Caifás a la de Pilato; de la de Pilato a la de Herodes; de Herodes a Pilato; de la casa de Pilato hasta ser puesto en cruz. Es una invitación a contemplar muy detenidamente todo el sufrimiento de Jesús en su Vía Crucis.



La Pasión manifiesta el gran amor que Jesucristo nos tuvo:

«Mirad lo que costó a nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz» (Moradas 5, 3, 12).

Y la Santa nos recomendaba:

«Poned los ojos en el Crucificado, y se os hará todo poco» (Moradas 7, 4, 8).

Después de «discurrir» por distintos momentos de la Pasión, recomienda detenerse en la «mirada» a todo lo que Jesús pasó en ellas, teniendo en cuenta que Jesús sufre por consolarnos a nosotros: «*olvidará sus dolores por consolar los vuestros*» y que los nuestros se transformarán si «*volvemos la cabeza a mirarle*» (Camino de Perfección 26, 5).

«Discurrir mucho con el entendimiento de esta manera: comenzaremos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida; o comenzamos en la oración del Huerto, y no para el entendimiento hasta que está puesto en la cruz; o tomamos un paso de la Pasión, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio, considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y que sentir, así de la traición de Judas, como de la huida de los apóstoles y todo lo demás, y es muy admirable y muy meritoria oración» (Moradas 6, 7, 10).

La Santa, ya antes de ser monja, meditaba estos misterios todas las noches, y que por esto ganó mucho su alma. ¡Imitémosla!

«Muchos años, las más noches antes que me durmiese, cuando para dormir me encomendaba a Dios, siempre pensaba un poco en este paso de la oración del Huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones. Y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir» (Vida 9,4).

[...] La Santa decía:

«Es el modo de oración (*la Pasión*) en que han de comenzar y demediar y acabar todos, y muy excelente y seguro camino, hasta que el Señor los lleve a otras cosas sobrenaturales» (Vida 13,12).

«Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Arrojéme cabe Él, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle» (Vida 9,1).

San Ignacio aconseja al ejercitante, que cualquiera que hubiera sido nuestra resolución en los ejercicios, reformémosla y confirmémosla mediante la consideración del ejemplo grande y maravilloso de la Pasión. En el tercer preámbulo (E.E. nº 203) nos dice: «*pedir... lo apropiado de la*



Pasión: dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí».

Todos llevamos una cruz en el corazón. Si pudiéramos mirar el mundo con los ojos de Dios, veríamos a todos los hombres, ricos y pobres, guapos y feos, etc., que cada uno va por el camino de la vida con su cruz a cuestas.

[...] No nos han de faltar las cruces de la vida; por eso, como no podía ser de otra manera, de parte de Dios no nos faltará su ayuda ante tantas dificultades. A veces parece imposible superar las adversidades y poder seguir adelante. [...] El dolor, el sufrimiento es una gracia de Dios que debemos entender bien, *«porque os ha sido otorgado no solo creer en Cristo, sino también padecer por Él»* (Fil 1,29). Qué importante es esto: no solo creer en Dios, sino padecer por Él. Cogiendo el sufrimiento con fe y generosidad, cada uno ha de utilizar lo mejor que pueda este poder de amor. La cruz se levanta a cada paso en el camino de la vida y ¡qué regalo para los amigos de Cristo!

«¡Oh mi Dios y mi Criador, que llagáis y ponéis la medicina; herís y no se ve la llaga; matáis, dejando con más vida! En fin, Señor mío, hacéis lo que queréis como poderoso. ¿Queréis que sufra estas contrariedades? Sea así, mi Dios, pues Vos lo queréis, que yo no quiero sino quereros» (Exclamaciones del alma a Dios 6).

Los sufrimientos de la vida no hay que intentar llevarlos de mala gana, a regañadientes, porque no nos queda más remedio, sino como cruces que nos vienen de Dios, que pueden servirnos para reparar por nuestros pecados y, además, convencidos de que, si se hace así, estamos participando de su Pasión. *«Sufro en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo»* (Col 1,24). La Santa lo pensaba a menudo.

«Traía muy ordinario estas palabras de Job en el pensamiento y decíalas: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufriremos los males? Esto parece me ponía esfuerzo» (Vida 5,8).

Quizá no habíamos caído en la cuenta de que podemos unir nuestras pequeñas cruces a la cruz de Jesucristo, ofrecerlas por nuestros pecados, por los pecados de los hombres. Es un gran honor poder expiar por los pecados. Porque dice San Pablo: *«Al padecer en satisfacción por nuestros pecados, nos hacemos conformes a Cristo Jesús, que por ellos padeció»* (Rom 5,10). Nunca nos dará más de lo que podamos, dice la Santa.

«Cuando el Señor da tanta multitud de trabajos juntos, suele dar buenos sucesos, que como nos conoce por tan flacos y lo hace todo por nuestro bien, mide el padecer conforme a las fuerzas» (Carta 217).

Imaginar que en la vida podemos vivir sin hacer sufrir nunca a los que viven cerca de nosotros, y sin que ellos no nos hagan sufrir a nosotros, es una ilusión que no dura más que un momento.

Las cruces también nos pueden venir del demonio. Desde el santo Job sabemos hasta dónde puede llegar. ¡Cuántas historias dolorosas, acontecimientos lamentables, persecuciones, sufrimientos



morales y físicos, comenzando por las tentaciones y obsesiones, de las cuales es él el autor principal! La Santa sufrió mucho a este tentador.

«Gran fundamento es, para librarse de los ardides y gustos que da el demonio, el comenzar con determinación de llevar camino de cruz desde el principio» (Vida 15,13).

Nuestras miserias personales: limitaciones corporales, deficiencias intelectuales, debilidades morales, defectos de carácter, pasiones sin dominar, ¡cuántas veces somos una cruz para nosotros mismos! Sin olvidar los sacrificios que van ligados al cumplimiento de los deberes que tenemos que realizar a diario, en la familia, trabajo, etc. Quizás sea nuestro cuerpo enfermo o con un defecto, apariencia personal, que sea o muy gordo o muy delgado, o bajo o feo, etc. Quizás nuestra posición social, nuestra escasez económica, fracaso laboral, en los estudios, en los negocios, con las amistades, compañeros, vecinos, etc. Quizás las relaciones familiares, esposo, hijos, padres, que hacen a veces del hogar un purgatorio. También en la vida sacerdotal y religiosa.

"Acaeciame algunas veces y aun ahora me acaece estar con tan grandísimos trabajos de alma junto con tormentos y dolores de cuerpo, de males tan recios, que no me podía valer. Otras veces tenía males corporales más graves, y como no tenía los del alma, los pasaba con mucha alegría; mas cuando era todo junto, era tan gran trabajo que me apretaba muy mucho. Todas las mercedes que me había hecho el Señor se me olvidaban» (Vida 30,8).

Siempre, se han encontrado almas a las que estas cruces, estos sacrificios providenciales y obligatorios no les dejan saciados. Nosotros podemos ganar mucho con las cruces que la vida nos ofrece continuamente, aunque no tendrá mucho efecto si no nos ejercitamos en la mortificación voluntaria, en las cruces buscadas por amor a Dios. La Santa escoge el padecer, por imitar a Jesucristo.

«Yo conozco una persona que desde que comenzó el Señor a hacerla esta merced que queda dicha, que ha cuarenta años, no puede decir con verdad que ha estado día sin tener dolores y otras maneras de padecer, de falta de salud corporal, digo, sin otros grandes trabajos. Verdad es que había sido muy ruin, y para el infierno que merecía todo se le hace poco. Otras, que no hayan ofendido tanto a nuestro Señor, las llevará por otro camino; mas yo siempre escogería el del padecer, siquiera por imitar a nuestro Señor Jesucristo, aunque no hubiese otra ganancia en especial, que siempre hay muchas» (6Moradas 1,7).

No suelen ser necesariamente cosas muy grandes; la mayoría de las veces tendremos ocasiones de vencernos en cosas pequeñas: sonreír, como han hecho los santos a las personas que más nos molestan o nos hacen sufrir; acostumbrarnos a la delicadeza, no dar la impresión de que tenemos prisa, escuchar a los demás, etc. Son tantos y tantos los motivos de ofrecer a Dios, lo que a primera vista es insignificante a los ojos de la gente, y que nos va a surgir sin que lo busquemos nosotros como las pequeñas dificultades en el quehacer de cada día, los pequeños disgustos a lo largo de cada jornada. La Santa entendió su valor espiritual.



«El temor que solía tener a los trabajos, ya va más templado; porque está más viva la fe y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia, y aun algunas veces los desea, porque queda también una gran voluntad de hacer algo por Dios» (4Moradas 3,9).

Mucho amor de Dios supone la aceptación de esas cruces de la vida en las que Dios nos manifiesta su voluntad, que será ahora sufrir por algo, y seguro que es lo mejor para nosotros, pero más aún, las buscadas, con las que nos unimos a la cruz de Cristo voluntariamente, nos gloriamos de ser de verdad cristianos que cargan con su cruz. «*Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de Cristo*» (Gál 6,14). Esta debe de ser la actitud para salir cambiados en estos días de ejercicios espirituales, aunque sigamos con los problemas de antes, pero sabiendo aceptar bien las cruces de cada día, incluso buscándolas. Si de verdad tenemos interés en la práctica de estas mortificaciones, estas cruces, acudirán a nuestros ojos. Santa Teresa nos menciona algunas cruces concretas aceptadas, o incluso buscadas.

«Cuando en algo te riñen, recíbelo con humildad interior y exterior, y ruega a Dios por quien te riñó» (Avisos 45).

«No comer, no beber sino a las horas acostumbradas, y entonces dar muchas gracias a Dios» (Avisos 20).

«De la comida, si está bien o mal guisada no te quejes, acordándote de la hiel y el vinagre de Jesucristo» (Avisos 39).

«Forzar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdáis de vuestro derecho, y olvidar vuestro bien por el suyo» (5Moradas 3,12).

«Procurar tomar trabajo por quitarle al prójimo, cuando se ofreciere. No penséis que no ha de costar algo» (5Moradas 3,12).

†

Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!